CAPÍTULO XXVII.

Testimonios del martirio y reliquias de los franciscanos.

EMPRESA imposible intentaria quien pretendiera describir minuciosamente todo lo que pasó despues de la muerte de los mártires, en el pueblo cristiano presente á su glorioso tránsito; por lo cual nos contentaremos con señalar algunos breves pormenores. Y primeramente es de saberse, que el gobernador Fazamburo, aunque gentil, como veia ya muertos á todos los veintiseis campeones de la fé, mostró tan gran dolor, que derramó no pocas lágrimas en presencia de sus mismos soldados y ministros de justicia; y no pudiendo, en fin, resistir mas á la fuerte conmocion de su corazon, se retiró de allí, dando antes estrecha órden á las guardias, de que no permitiesen á ningun cristiano aproximarse á las cruces, de temor que su devocion no los arrastrara á cortar parte de sus cuerpos. Mas fué esto en vano, aunque con tal objeto se duplicaron los soldados. Ninguna fuerza bastó á contener á aquella inmensa multitud de cristianos, que llegándose á los piés de esos héroes, con llanto de profundo dolor, se apresuraron tanto á cortar sus vestidos, que á muy poco quedaron los santos cuerpos casi enteramente desnudos, con especialidad los de los nueve religiosos; por lo cual, el padre Antonio López rector de la Compañía de Jesus, en señal de alta reverencia, hizo cubrir aquellos benditos restos, que lejos de dar muestra alguna de corrupcion, comenzaron á exhalar tan fragante olor, que no solo parecian vivos, sino ungidos de suavísimos perfumes. Sabido esto en las poblaciones vecinas, fué tanta la muchedumbre de cristianos que ocurrieron de todas partes á venerar los cuerpos de los mártires, que espantó fuertemente á los capitanes de las guardias: ni es decible cuál quedaron los gentiles al mirar tanto y tan espontáneo y sincero entusiasmo de los fieles, los cuales, o bien besando los piés de los mártires,

ó recojiendo á lo menos parte de la tierra empapada en su sangre, daban muestras del profundo reconocimiento de su santidad. Y muchos en efecto, se movieron á convertirse, probándose de esta manera que la sangre de los mártires es semilla de nuevos cristianos. Ni debe pasarse en silencio el hecho admirable de uno de los mas encarnizados idólatras, antes cristiano, y despues por su natural malignidad, apóstata y de los mas fieros enemigos de la religion del Nazareno y de los franciscanos. Este, siendo testigo de la heróica intrepidez con que habian recibido la muerte, agitado íntimamente con las lágrimas de los fieles, y movido en su corazon á profundo arrepentimiento de sus pasadas maldades, se entregó á un deshecho llanto, y abrazando en seguida á un portugues allí presente, y abjurando solemnemente los errores de la idolatría, proclamándose altamente cristiano, regresó de nuevo al rebaño de Jesucristo.

En la tarde, el Illmo. Pedro Martinez, que en dicho de algunos escritores habia asistido desde la ventana de su palacio al glorioso tránsito de los mártires, fué á venerar sus despojos mortales, no rehusando besar y derramar sobre esos gloriosos restos, copiosísimas lágrimas en medio siempre de los lamentos, suspiros y muy deshecho llanto de la inmensa multitud de cristianos y gentiles. Pero su conmocion llegó al colmo, cuando Dios, para mayor incremento de su fé y mas solemne gloria de sus siervos, comenzó á obrar por su intercesion estupendísimos milagros, algunos por cierto sin ejemplo en la historia de la Iglesia. Hablaremos de ellos en el siguiente capítulo, reduciéndonos á referir aquí algunos documentos, que ademas de servir de suma edificacion á los fieles y de nueva gloria á nuestros santos, son muy propios para continuar nuestra narracion.

Y sea el primero, la magnífica carta que el Illmo. Señor Obispo ya espresado, escribió poco despues sobre el martirio de los franciscanos al provincial de los frailes Menores de Luzon, con festivas muestras de alegría y parabien de sincera y edificante ternura. Dice así:

"Muy reverendo Padre en Cristo.—*Pax Christi.*—No puedo dejar de regocijarme con V. P. y con la santa religion, por la felicísima muerte de los seis religiosos de su Orden, los Padres Fr. Pedro Bautista, comisario, Fr. Martin de la Ascension y Fr. Francisco Blanco, y de los hermanos Fr. Felipe de las Casas, Fr. Gonzalo García y Fr. Francisco

de San Miguel, que en Nagasachi fueron crucificados por mandato de Taicosama, atribuyéndoles á culpa haber predicado nuestra santa fé. Pero estas culpas santifican su muerte, por la que todos tributamos infinitas gracias á Nuestro Señor envidiando tan feliz suerte y el ejemplo que nos han dejado. Bajo su sombra entraron en tan bienaventurado fin, tres hermanos de la Compañía y diez y siete japones, (familiares y Terceros de los franciscanos,) que en número de veintiseis tenemos por seguro haber llegado á la posesion de Dios en el paraíso, triunfando de esta manera del tirano que los hizo morir, y de la muerte que soportaron en paz, y aun con magnánima y heróica intrepidez, honrándose á sí mismos y á su religion, y dejándonos tan ilustre ejemplo de caridad y fortaleza, para que animados los demas á vista de la sangre que derramaron, estemos preparados á pelear valerosamente, y ofrecer la vida por causa tan santa y que tanto alegró la perseguida iglesia de Dios. —Los portugueses quedaron muy edificados de las palabras con que los padres murieron en las cruces, unos cantando himnos y salmos, otros pidiendo á Dios perdon por los que les quitaban la vida; estos diciendo *in manus tuas Domine, commendo espiritum meum;* aquellos abrazándose tiernamente á las cruces y proclamándose indignos de tanto favor; todos, en suma, espirando como santos.—El Padre Fr. Pedro Bautista, mas especialmente que los demas, manifestó en aquel punto ser un grande siervo de Dios; porque cuando el verdugo le aseguraba con un anillo de hierro el brazo á la cruz, señalando con el dedo la palma de la mano, le dijo: "Clava aquí, hermano." Ni quiero escribir á V. P. todas las otras particularidades del martirio, ni hablarle de la tiranía que usó el emperador con la nao de San Felipe, porque á decir verdad, son cosas que mueven mucho á compasion. Y si ellas causan pesadumbre á quien las escribe, fácil es considerar cuanta mayor pena habrán causado á los que las sufrieron. Estos, como testigos de vista informaran mejor a V. P., limitándome yo á decirle que se regocije en Dios, esté alegre, y haga fiesta por la gloriosa muerte de sus hermanos.—Entre tanto le ruego me tenga por sumamente devoto de su religion, y me ocupe en todo lo que sea en servicio de la misma y suyo. En fin, no me olvide con el Señor en sus fervorosas oraciones.—De Nagasachi, á 27 de Febrero de 1597.—*Humildísimo siervo en Cristo.*—Pedro, Obispo del Japon."

Pero mas estensa, tierna y edificante es la relacion que Cosme Joya, muchas veces citado en esta historia, escribió acerca del martirio de los franciscanos, al padre provincial de los mismos en las Filipinas; pero no pudiendo referirla por entero, en obsequio de la brevedad, nos contentaremos con darla á conocer á nuestros lectores, que ciertamente quedarán no solamonte edificados, sino altamente maravillados de la fé en Dios, y de la caridad y ternura verdaderamente filial de este heróico hijo de la iglesia japona hácia los religiosos Menores sus hermanos.— Despues de haber referido por menor todas las dolorosas ocurrencias de los mártires, desde el dia de su prision hasta el momento que fueron conducidos á la cárcel pública de Meaco, continúa diciendo:

"Despues que nuestros amables padres franciscanos, atadas las manos á la espalda, fueron sacados del convento, tan luego como llegaron á la puerta de la iglesia, por el gozo que sentian en su corazon comenzaron á cantar himnos de agradecimiento al Señor. Y cuando llegaron al hospital de Santa Ana, postrándose ante una imágen de la misma, que estaba allí expuesta á la pública veneracion, le dirijieron muchas preces. Yo he visto esto con estos mis ojos, y conmigo otra gran multitud de cristianos, que al mirar á nuestros padres encadenados en medio de una grande muchedumbre de soldados, de ministros de justicia y de gentiles, quedamos adoloridos en lo íntimo del alma, llorando todos y lamentándonos de mil maneras por los insultos con que hacian sufrir á tan santos religiosos. Pero debe confesarse, que mas que todos mostró afliccion mi esposa María; la que no pudiendo soportar la pena que sentia en el alma, se precipitó llorando por medio del gentío, y abrazando á los padres, se mantenia estrechamente á su lado, por lo cual la maltrataron mucho las guardias, dándole puñadas, despedazando su ropa, y poniéndola últimamente en la cárcel, llegando de este modo á ser mas afortunada que yo, á quien no tocó la misma suerte.

"Finalmente, nuestros buenos padres entraron en la cárcel pública de Meaco llamada *Michihu*, en donde, contando los de Osaca y otros diversos cristianos japones, formaron el número de veinticuatro aprisionados. Pero sería imposible decir la alegría y el júbilo que por esto esperimentaron dentro de su corazon. Bastará notar, que ninguno en el mundo por cualquiera fortuna habria hecho tanta fiesta, cuanto ellos

en aquel momento al verse encarcelados por amor de Dios. La noche siguiente la emplearon en continuas oraciones, confortándose unos á otros, y no dejando jamás de predicar á los cristianos la fé de Jesucristo y los misterios de su pasion. Así es que, nosotros los fieles, que desde fuera oíamos las voces de los que tantas veces nos habian hablado de Dios, nos deshaciamos en lágrimas de profundo dolor, y nos lamentábamos de una manera que no puede reducirse á palabras. En seguida, á los quince dias de la luna de Enero, sacándolos de la cárcel, les fué cortada á todos parte de la oreja izquierda; y colocados despues sobre carretas, llevados á la vergüenza por las calles de la ciudad, y despues devueltos á la prision. Al dia siguiente, sacándolos de nuevo, y puestos á caballo, fueron conducidos á Osaca, acompañados de gran multitud de soldados y de cristianos, entre los que iba yo, testigo por lo mismo de vista de todos los ultrajes hechos sufrir á mis padres. Inútil es decir el dolor que sentí, las lágrimas que derramé y los suspiros que exhalaba de lo íntimo del alma. Solo esto añado: que llegando los mártires á la puerta de Meaco llamada *Tongxi*, no pudiendo ya contenerme en abrazarlos, me arrojé á los piés del padre comisario Pedro Bautista, pidiéndole con llanto me diese algun consuelo, y entonces sacando él un crucifijo que llevaba en el pecho, que estaba bañado de la sangre de su oreja cortada el dia anterior, me lo alargó diciendo: "Te lo doy en señal del grande amor que te profeso." Y tomándolo de sus manos, lo besé y bañé con mis lágrimas, con tanto júbilo del corazon, que en mi juicio no sentí ya ningun dolor.

"En fin, llegados que fueron nuestros amados padres á Osaca, fueron llevados á la vergüenza por sus calles, y conducidos á Sacay á los diez y siete dias de la luna de Enero: allí sufrieron igualmente injurias é insultos, y devueltos otra vez á Osaca, el dia siguiente prosiguieron su viaje á Nagasachi, deteniéndose primero en Fiongo, luego en Caxe y por último á Finegxi, lugar á 384 leguas japonas de Nagasachi, donde llegaron á los diez y nueve de la luna del mes de Febrero, llamado *Xuninguathix*. Conducidos á poco al sitio designado al martirio, allí fueron crucificados nuestros amorosos padres.

"Cuatro años moró en el Japon el padre Fr. Pedro Bautista juntamente con sus compañeros; y son innumerables los padecimientos que sufrieron y las tribulaciones de todo género que arrostraron, y bien puede decirse que fueron infinitos sus dolores. Ignoro si á otros mártires acaeció padecer tanto; pero esto solo sé con certeza, que jamás habia oído en mi vida que hombres santos hubieran soportado por amor de Dios tantos trabajos, persecuciones y angustias. Yo verdaderamente no me hallé en el lugar del martirio; por lo que no podré deciros lo que pasó de particular en ese punto. Pero me remito á las relaciones que á este respecto os darán los padres Gerónimo, Marcelo, Bartolomé y Agustin, que mejor informados que yo, os referirán la mas menuda relacion de la muerte de nuestros padres. Las esposas de los mártires japones, detenidas en la prision hasta ese momento, están ahora libres, pero sufren, sin embargo, aun al presente, toda clase de padecimientos, de insultos y persecuciones, y se anuncia á cada instante que serán muertas por amor de Cristo. Pero ellas, sin manifestar la menor queja, antes se alegran, no deseando otra cosa que hacerse dignas de morir por Cristo é imitar así el magnánimo ejemplo de sus amados consortes. Tambien de noche se reunen á orar, encomendándose á Dios y pidiéndole, que siendo ya peregrinas en este mundo sin sus esposos, las reciba por hijas, asistiéndolas en todas las necesidades de la vida. Y verdaderamente son miserables las pobrecillas, no teniendo alguno que las socorra. Mas yo, con la ayuda de varios amigos mios y otros cristianos, espero encontrar una casa para recojerlas y sustentarlas por amor de Dios.

"¡Pero hay de mí! yo soy el mas infeliz de todos, no teniendo á mi lado al padre Pedro Bautista, que era mi padre y en quien encontraba todo consuelo y toda esperanza! No poseo ya á mi buen padre, ni otra cosa que me recuerde su memoria mas que el Crucifijo que me dió como muestra de lo bien que me queria. Y lo tendré siempre estrechado sobre mi corazon, encomendándome á él en todo tiempo, así como á su dulce Madre Santa María, al padre San Francisco, al padre Pedro Bautista y á todos los mártires sus compañeros, que tengo por cierto me consolarán algun dia. Pero con todo, mas que en mi provecho, ruego actualmente á los santos mártires, por los hijos y esposas de los que murieron en Nagasachi crucificados por amor de Cristo. ¡Pobrecillos! que no tienen ya en el mundo quien los socorra y consuele! ¡y lo mismo los desdichados de

los hospitales y los huerfanitos, tanto cristianos como gentiles, de las escuelas, que abandonados y en llanto andan errantes por todas pates, llamando á voces á sus padres franciscanos! Yo soy pobre y privado de la gracia del soberano, que me ha despojado de todos mis bienes por ser cristiano. Sin embargo, haré cuanto pueda por recojer á estos miserables, cuya tutela me ha encomendado Pedro Bautista, y espero no me faltará la ayuda de Dios para que pueda socorrerlos como lo tengo hecho hasta ahora.

"Entre tanto, os ruego que escribais al Santo Padre y al rey D. Felipe, para que, si es posible, no se pierdan los cuerpos de los santos mártires, sino que recojiéndolos con honor, reciban la veneracion de los fieles. Y para conseguirlo mas fácilmente, dirijiré muchas oraciones al Señor. Por último, os hago saber, que el santo padre Fr. Pedro Bautista, confió á mis cuidados al padre Fr. Géronimo, á quien cuanto ha sido de mi parte, no he dejado nunca de prestarle auxilios y socorros, y lo mismo procuraré hacer en lo sucesivo.

"He escrito la presente para el provincial de las Filipinas, á los cinco dias de la luna "Xongothx" que corresponde al mes de Marzo.—*Cosme Yoya.*"

Hasta aquí la relacion de ese fervoroso cristiano, que ciertamente no necesita de comentos para ser conocida en toda su maravillosa belleza. Pero en honor de quien la escribió, debemos añadir, que finalmente fueron oídos de Dios sus ardientes votos, recibiendo algunos años despues (en 1618) la corona del martirio juntamente con otros franciscanos que habian vuelto de nuevo á cultivar el ensangrentado campo Japon. Y dicho esto, anudemos el hilo de la historia.

Bien puede imaginarse el efecto que causaria en toda la ciudad de Manila la llegada de esta y otras semejantes cartas. Pero la conmocion del pueblo fué general y llegó á un grado casi imposible de describir, al repentino é inesperado arribo del capitan D. Matías Landecho, junto con los franciscanos Bartolomé Ruiz, Marcelo de Rivadeneira, Agustin Rodriguez, Gerónimo de Jesus y Juan el Pobre. Estos, segun se ha dicho, arrestados en la nave portuguesa, permanecieron en ella hasta fines de Marzo, siendo espectadores, en consecuencia, de la muerte de sus hermanos, que desde el mar vieron morir uno á uno, sin el consuelo de poderlos abrazar y besar la tierra empapada de su sangre. Mas en fin, viendo D. Matías Landecho disipada toda esperanza de recobrar la nao de San Felipe, y habiendo conseguido con bastante trabajo embarcarse en una pequeña nave estranjera, se hizo á la vela en union de los referidos religiosos, á 30 de Marzo en el puerto de Cochinotzú, tomando tierra, despues de muchos peligros, en Macan, en las Indias. Allí, á poco llegó tambien el V. Gerónimo de Jesus, lanzado del Japon despues de haber muchas veces ocultamente visitado y adorado las cruces de que pendian los cuerpos de sus hermanos mártires, quedando no poco consolado de haberse reunido á sus otros cuatro compañeros, que algunos dias despues se pusieron todos de nuevo en viaje para Manila, donde desembarcaron á 15 de Abril. Bien puede imaginarse lo que pasaria en la ciudad á la noticia muy circunstanciada que ellos dieron del naufragio y decomiso de la nao de San Felipe, y la descripcion del martirio que habian presenciado, y muy especialmente á vista de algunas reliquias de los religiosos mártires que habia llevado consigo D. Matiás: tal narracion de ese suceso, en que se mezclaba el gozo al dolor, ocupó enteramente el ánimo de todos los habitantes de la ciudad, y mucho mas de los franciscanos de Luzon. Así es que, reuniéndose una general asamblea del clero y principales ciudadanos, se decretó por unanimidad hacerse una solemne procesion en accion de gracias á Dios por tanta fortuna. Ella se verificó el 18 de Abril de 1595, saliendo de la iglesia Arzobispal á la de los franciscanos, todo el clero secular y regular, el gobernador y todos los ministros de la corte, la nobleza, la oficialidad militar, el consejo superior, magistrados y todas las demás autoridades, en medio de inmensa multitud de pueblo venido de todas partes, al sonido de todas las músicas y campanas de la ciudad, al estruendo de la artilleria y entre las lágrimas de una conmocion universal verdaderamente inefable. Entrada, en fin, en la iglesia de los menores, se cantó una solemne misa, en la cual se dió lectura desde el púlpito á la piadosa historia del martirio de los bienaventurados atletas, dando en seguida plácemes y parabienes á los religiosos, de la feliz ventura tocada á su Órden de haber sido la primera que con la sangre de sus generosos hijos fecundara la tierra del Japon, sin olvidar las mismas muestras de afecto á los de la Compañía de Jesus.

Inmediatamente á otro dia, D. Francisco Tello, sucesor de D. Luis Perez de las Marinas en el gobierno de las Islas Filipinas por la corona de España, reunido y escuchado el gran consejo de toda clase de ciudadanos, deliberó mandar en solemne embajada al Japon, como lo hizo, al capitan D. Luis de Navarrete, al caballero Diego de Souza y á su hermano el padre Mateo, agustino, para que á nombre del virey de Luzon pidiese primeramente á Taicosama, los cuerpos de los mártires, le exijiera razon de la muerte de los franciscanos sus embajadores y de la confiscacion de la nao de San Felipe, que estaba en derecho de arribar á sus Estados, á consecuencia del tratado de alianza y comercio libre celebrado y concluido entre las dos naciones en 1593 por medio de Pedro Bautista y sus compañeros. En efecto, llegados los embajadores en Agosto á la isla de Farando, se dirijieron de allí á Sacay, donde recibidos de Taicosama como amigo, tuvieron por respuesta: que habia sentenciado á muerte á los frailes de Luzon, por haber predicado la religion de Cristo contra las leyes que lo prohibian; que la nao de San Felipe habia sido confiscada por estar armada en guerra, lo que era una amenaza al Japon; que en cuanto á los cuerpos de los crucificados, ninguna dificultad tenia de entregarlos al señor gobernador y virey de Luzon.

Pero como entre los cristianos de Nagasachi se supo tal concesion de Taicosama, corrieron prontamente á tomar parte para sí, más de aquella que ya habian tomado; por lo cual, muy pocas reliquias quedaron al embajador, quien haciendo desenterrar las cruces de las fosas donde habian sido sepultados, reduciéndolas á pedazos las mandó en regalo á las iglesias franciscanas de Meaco, Goa y Malaca en las Indias Orientales. Despues de esto, puestas en una caja las cabezas de los bienaventurados mártires con otros restos de sus benditos cuerpos (entre ellos el brazo derecho de San Pedro Bautista, su manto y el cartel en que estaba escrita en lengua japona la sentencia de muerte), la llevó consigo D. Luis de Navarrete á Manila. ¿Cómo podrá contarse lo que pasó en esa ciudad á la llegada de tan preciosas reliquias? Hiciéronse nuevas fiestas, otra procesion solemnísima y nuevas é indecibles muestras de júbilo en todas las Islas Filipinas, donde Pedro Bautista, Martin de Aguirre, Francisco Blanco, Gonzalo García, Francisco de la

Parrilla y Felipe de las Casas habian morado por tan dilatado tiempo, sin dudar ninguno que en la actualidad fuesen sus poderosos intercesores ante Dios en el cielo. Ni tan solo en Manila, sino en otras varias partes, especialmente en las Indias, en México y en España, se hicieron magníficas fiestas á su memoria luego que llegó la noticia de su glorioso martirio; pero las omitimos en obsequio de la brevedad, porque verdaderamente hablando, se requerian muchas páginas para quererlas solamente indicar, reservándonos para concluir este capítulo, referir brevemente el fin de los gloriosos compañeros de los mártires, los venerables padres Bartolomé Ruiz, Agustin Rodriguez, Juan el Pobre, Marcelo de Rivadeneira y Gerónimo de Jesus, que, segun se ha dicho, regresaron á Manila con el capitan de la nao San Felipe D. Matías Landecho, despues de haber sufrido por mar y tierra cuanto puede padecer un hombre en este valle de lágrimas.

Por lo que mira al V. P. Bartolomé Ruiz, natural de la villa de Cabra en Andalucía de España, pero hijo de la Seráfica Provincia del Santo Evangelio de México, respetable anciano que habia empleado toda su vida en el apostolado católico en América, Asia, Islas Filipinas y últimamente en el Japon, donde fué el primero é inseparable compañero de San Pedro Bautista, poco, ciertamente, nos resta que decir, habiendo vivido solamente tres años despues del martirio de sus gloriosos hermanos, á quienes se reunió en el de 1600, muriendo como santo en el convento de Manila, á la edad de ochenta años. Pero no por esto se borró su memoria entre los habitantes de esa ciudad, que hasta el dia lo veneran como apóstol del Señor, contándolo en el número de sus protectores ante Dios en el cielo.

Y tambien del V. P. Agustin Rodriguez, natural de Castilla la Vieja, intrépido héroe igualmente del Evangelio, tenemos que decir poco en estas últimas relaciones. Despues de su regreso del Japon, permaneció en Manila, donde consumó la gloriosa carrera de sus fatigas en beneficio de la Iglesia y de los prójimos, muriendo con fama de santo, de setenta y siete años, en 1613. Y ademas, en su muerte esperimentaron gran dolor aquellos ciudadanos, honrando su memoria, que por considerable tiempo conservaron viva en sus corazones. En cuanto al V. Fr. Juan el Pobre, natural de Zamora en la misma Castilla la Vieja, y antiguo

franciscano de la provincia de Flandes, diremos desde luego, que aunque laico, fué uno de los mas valerosos é ilustres apóstoles, no solo de la Religion Seráfica, sino de toda la Iglesia de Dios. Trabajó en muchas misiones de su Órden, y entre los innumerables infieles que redujo al rebaño de Cristo, se cuentan veinte que sellaron con su sangre su fé en el martirio. Fué muy apreciado de los príncipes y reyes, especialmente de Felipe III de España, que siempre lo contó en el número de sus sábios é íntimos consejeros. Mucho hizo en beneficio de la Provincia Seráfica de las Filipinas, para la que consiguió no pocos privilegios de Clemente VIII. Emprendió frecuentes y dilatados viajes, siempre en gloria de Dios y provecho de las almas, en España, en Roma y otras partes. Finalmente, despues de su regreso á las Filipinas, permaneció por un año en Manila, y pasó por tercera vez á España, en solicitud de nuevos religiosos para la provincia de Luzon. Y estaba ya dispuesto para regresar á esa isla, cuando sorprendido por la última enfermedad en el convento de San Bernardino de Madrid, entregó el alma á Dios en 1616.

Igualmente fueron gloriosos los últimos años de la vida del V. Marcelo de Rivadeneira, tambien español y franciscano, de la provincia de Santiago. En efecto, pasados algunos años santamente en Manila, fué mandado á Roma por sus superiores en el de 1600, para procurar ante la Sede Apostólica la beatificacion de los mártires japones, sus antiguos compañeros en las fatigas del apostolado. Despues de lo cual, dejadas en la Ciudad Eterna algunas preciosas reliquias de los repetidos héroes del Evangelio, se dirijió á España á agitar la causa ante el rey Felipe III, hasta que pasando al convento de Salamanca de su observante provincia de Santiago, se empleó allí, no solo en vivir vida de santo, sino en ilustrar su Órden con variedad de escritos. En 1601, publicó en Barcelona la *Vida y empresas de los Mártires del Japon*, obra citada con aprecio por Benedicto XIV, y tanto mas digna de estimacion, cuanto que él mismo representa papel en ella y es testigo de vista de las admirables tareas apostólicas de sus santos hermanos. Y poco despues dió á la luz pública otra hermosa obra, titulada: *Historia del Archipiélago y de los reinos de Siam, de los Tártaros y del Japon;* magnífico trabajo y de grande utilidad á los eruditos y estudiosos, especialmente de las antigüe-

dades asiáticas. Y como por el año de 1605 publicó otra no menos bella, con el título de: *Excelencias de la Corona de la Bienaventurada Vírgen*, dividida en dos libros é impresa en Nápoles por Juan Bautista Sottile. Ni únicamente éstos, sino otros trabajos de pública utilidad, fueron la ocupacion por ese tiempo de nuestro V. Marcelo de Rivadeneira, entre los cuales nos place recordar el que lleva por título: *Discurso del Sumo Sacerdote de los Tártaros*, y el otro relativo á las *Alabanzas y prerogativas del Seráfico P. San Francisco y de sus doce compañeros.* Tal fué la admirable y santa vida de Marcelo de Rivadeneira, antes glorioso apóstol del Japon; hasta que en 1606, oprimido de tantas fatigas sostenidas con invicta constancia en defensa de la fé de Jesucristo, atacado de una grave enfermedad en el convento de Salamanca, entregó su bendita alma en manos de Dios, de quien ahora goza juntamente con sus amados compañeros.

Pero todavía mas prodigiosos y dignos verdaderamente de la admiracion del mundo fueron los últimos años de la vida del V. Gerónimo de Jesus, quien habiendo vuelto como queda dicho, junto con sus compañeros á Manila, no pensó en otra cosa que en regresar prontamente al Japon, donde San Pedro Bautista le habia mandado mantenerse oculto para el consuelo de los cristianos. Y efectivamente, no tardó mucho en que tomando por compañero al P. Luis Gómez, tambien franciscano, cumplió tan sublime propósito, dando principio desde luego á nuevas empresas apostólicas. Pero su regreso al Japon no pudo quedar oculto por mucho tiempo á los ministros de justicia; por lo cual, habiendo sido descubiertos, el padre Luis Gómez fué arrestado, y nuestro Fr. Gerónimo, como mejor informado de los lugares, se sustrajo á los que lo buscaban, y errante por diversas partes en los montes y cuevas, permaneció libre hasta la muerte de Taicosama, ocurrida á 16 de Setiembre de 1598. Entonces respiró la fé, y presentándose Gerónimo de Jesus al descubierto en aquel vasto campo evangélico, redujo al rebaño de Jesucristo innumerables gentiles, y adquiriéndose la gracia del nuevo emperador Daifuxama, le fué concedido predicar libremente la religion de Cristo en las tierras del Japon. Así es que, partiendo á Yeddo en el reino de Guanto, allí anunció, el primero de todos, el nombre de Cristo á los gentiles, y obteniendo poco despues licencia del mismo emperador, fabricó una

iglesia católica, á la que dió por título Nuestra Señora del Rosario, celebrando él mismo en ella, por la primera vez, los divinos misterios en dia de Pentecostes. Siguiendo de allí más grandiosas empresas del apostolado, recorrió descalzo todo el dicho reino de Quanto, levantando en todas partes iglesias al culto del verdadero Dios, convirtiendo millares de idólatras y obrando muchos y estupendos prodigios. De esta manera permaneció hasta fines de 1599, que fué mandado del emperador Daifuxama por su embajador al virey de Manila, á fin de concluir entre los dos Estados un nuevo tratado de amistad y libre comercio; lo que habiendo ejecutado prontamente, dió de nuevo la vuelta al Japon junto con otros tres franciscanos, para dar noticia al emperador, que entonces residia en Meaco. Contentísimo éste del éxito de la espedicion, abrazó á Géronimo, permitiéndole no sólo continuar la predicacion del Evangelio en cualquiera parte de sus dominios, sino volver á abrir al culto divino, como lo hizo, el convento y la iglesia de Santa María de los Ángeles de Meaco, fundada por San Pedro Bautista su antiguo compañero. Sabido esto por el provincial de las Islas Filipinas, despachó al Japon otros ocho franciscanos, quienes protejidos del emperador y reverenciados de los pueblos, hicieron reflorecer por todas partes la religion de Cristo, fundando por aquellas vastas regiones muchas iglesias y como siete conventos de su Órden, que gobernados posteriormente por un comisario apóstolico, formaron la provincia franciscana del Japon.

Mas el V. Gerónimo de Jesus, cansado de tantas fatigas, habia ya volada al cielo á recibir de las manos de Dios el premio de sus grandes sudores en servicio de su iglesia y provecho de sus hermanos. Murió en Meaco en el convento de Santa María de Porcíuncula, á 6 de Octubre de 1601, entre las lágrimas de sus religiosos y llanto de los cristianos, que desde su partida de este mundo comenzaron á esperimentarlo su poderoso intercesor ante el trono de Dios.

Ni despues de la muerte del V. Gerónimo de Jesus terminaron las conquistas de la fé en el Japon; antes se multiplicaban cada dia mas, hasta 1613, año de la nueva y terrible persecucion que, durando por mucho tiempo, llegó á esterminar enteramente la religion de Cristo en aquellas infelices regiones. Tampoco nos ocuparémos en describir las sangrientas escenas que dieron al cielo innumerables mártires y al

mundo nuevos y solemnes testimonios de la verdad de la religion católica. Únicamente diremos, que la sangre de los hijos de San Francisco, siempre los primeros en el peligro, bañó todas aquellas desgraciadas tierras, y cuando desapareciendo públicamente la Iglesia de Jesucristo, se cerraron á todos los predicadores del Evangelio las puertas del Japon, permanecieron todavía allí cinco franciscanos ocultos, de cuyo glorioso fin nada nos dice la historia. Imposible, ademas, nos será referir las tentativas empleadas en todo tiempo por la santa provincia de Filipinas, verdadero seminario de mártires, para romper aquellas barreras y ocuparse nuevamente en el cultivo de ese ámplio campo, fecundado por la sangre de sus hijos. Bastará solo decir, que los franciscanos de Luzon nunca perdieron de vista al Japon; y acaso Dios, en virtud de la sangre de sus mártires, se aproxima á satisfacer sus ardientes y magnánimos votos.